

## Frutos de la injusticia: mujeres en el sistema alimentario posterior al TLCAN\*

Deborah Barndt

### Preciosa carga humana

CONFORME NOS aproximábamos al aeropuerto de Toronto en la aún oscura alborada, le pregunté a Irena de cuál terminal salía su avión. Supuse que me diría que de la terminal tres, el puerto de salida principal en vuelos internacionales, y con mucho el más elegante, con restaurantes chic y tiendas iluminadas. Cuando me dijo que de la terminal uno, la cuestioné, sobre todo porque el letrero de la terminal uno decía: “carga”. “Es que viajo como carga”, explicó riéndose.

Conocía muy bien el Foreign Agricultural Resource Management Services (servicios de manejo de recursos agrícolas extranjeros), establecido en 1974 y conocido como programa FARMS (por sus siglas en inglés), que trae todos los veranos a Canadá a jornaleros agrícolas jamaíquinos y mexicanos como Irena, a pizar nuestras frutas y legumbres. Sabía que se le consideraba la “crème de la crème” de los programas de trabajadores migrantes, por seleccionar a los más animosos, aquellos que toleraban unos cuantos meses de trabajo agotador en nuestros campos, 12 horas al día, seis y medio días a la semana, porque ganan en una hora tanto como en México se gana en un día de trabajo. Y aunque sabía que los traían en masa por avión durante la primavera y los enviaban de regreso a casa, en masa, en el otoño, ninguna lectura o entrevista me había preparado para el panorama que enfrenté al entrar a la terminal uno ese día: un mar de cuerpos morenos y negros, principalmente hombres, en filas interminables, que empujaban carritos repletos de cajas con enseres que se llevaban a casa. Los guardias de seguridad rodeaban esta preciosa carga humana que se movía con menos libertad que los bienes que se transportan allende las fronteras en el contexto posterior al TLCAN. Me imaginé a los profesionistas mexicanos, más claros de piel, que abordaban los aviones en la terminal tres, con sus portafolios en la mano, tras completar algún nuevo negocio con las compañías

\* Una versión previa de este artículo apareció en *Canadian Woman Studies*, “Women, Globalization and International Trade”, vols. 21-22, núms. 4-1, primavera-verano de 2002. Se utilizó sobre todo la síntesis preparada por Barndt (2002). Traducción de Ramón Vera Herrera.

con sede en Canadá, o a los estudiantes de clase media o alta que gozaban ahora de nuevos intercambios con las universidades de toda América del Norte. La historia de Irena es una pieza poco conocida del complejo rompecabezas de la producción y el consumo de alimentos en una economía continental en creciente integración. Un rompecabezas que involucra a muchas trabajadoras que han estado invisibles para quienes comemos la comida que ellas siembran, pizcan, empacan, procesan, preparan, venden y sirven.

### El Proyecto Tomasita

Entre 1994 y 2001, coordiné un proyecto de investigación transfronterizo muy singular, gracias a la colaboración de académicas y activistas feministas de México, Estados Unidos y Canadá, que cobró impulso de la creciente y más profunda integración económica y cultural del continente, y del privilegio de contar con dineros destinados a la investigación universitaria que pudieron movilizar a académicos y estudiantes de posgrado allende las fronteras, con mucha mayor facilidad de la que tiene Irena para hacerlo. Conocido como el Proyecto Tomasita,<sup>1</sup> nos abocamos a mapear la ruta del tomate desde la agroindustria en México hasta el supermercado canadiense y al restaurante de comida rápida en Estados Unidos, como una forma de examinar la globalización vista desde arriba (en las agendas de las corporaciones) y la globalización desde abajo (a partir de las historias de las trabajadoras con más bajos sueldos en estos sectores).

A través de los perfiles de tres tipos de corporación multinacional en la economía globalizadora afloró dicho contexto neoliberal. Empaque Santa Rosa, el segundo productor de tomates más grande de México, representó la agroindustria interna del sur, que por las políticas neoliberales de comercio se ve empujada a aumentar la agroexportación. El supermercado canadiense Loblaws, una de las 18 cadenas de menudeo propiedad de George Weston Ltd., que controla más del 30 por ciento del mercado de alimentos al menudeo, era el epítome del fenómeno de “mientras más grande mejor”, reflejado en la creciente concentración corporativa y en la dominación de los minoristas sobre la producción alimentaria. Finalmente, los restaurantes de comida rápida McDonald’s, con sede en Estados Unidos, sirvieron como símbolo quintaesencial de la homogeneización cultural global y como modelo de la reorganización del trabajo (conocido como macdonaldización) que hoy se replica en muchos otros sectores de la economía global.

<sup>1</sup>Saqué la idea de un cuento de la educación popular conocido como “Tomasito the Tomato”, pero le cambié el nombre a “Tomasita” para que representara a las trabajadoras mexicanas como las más marginadas en toda la cadena alimentaria del TLCAN.

Pese a que existen diferencias entre estas tres compañías, comparten una estrategia corporativa en cuanto a la mano de obra, impulsada a partir de una producción “justo a tiempo” para incrementar la flexibilización del mercado laboral. En los tres casos, la fuerza laboral flexible es femenina. Desde los setenta, muchas académicas feministas han resaltado la dependencia que el capital corporativo móvil guarda con las obreras, inicialmente en las zonas de procesado de exportaciones y en las regiones de maquiladoras en México. Con la liberalización del comercio en los noventa, ejemplificada por acuerdos tales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), las zonas de libre comercio y las maquiladoras geográficamente definidas perdieron su singularidad. De hecho, la maquilización, que en principio se refería a la región fronteriza de México que permitió que las industrias estadounidenses operaran libremente, ahora se refiere a un proceso más generalizado de trabajo caracterizado por: 1. la feminización de la fuerza laboral; 2. la segmentación extrema de las categorías de habilidades; 3. la disminución del salario real; y 4. una orientación no sindicalista (Kopinak, 1997: 13). Con la caída de las barreras comerciales, no sólo todo México sino incluso países del norte, como Canadá, se han tornado virtualmente gigantes maquiladores.

Las trabajadoras que entrevistamos en los tres sectores corporativos reflejan en diferentes formas esta flexibilidad. Las obreras mexicanas, que son el foco de este capítulo, reflejan lo que Lara llama una “flexibilidad primitiva” (Lara, 1994: 41), que depende de procesos laborales intensivos de producción, separación y empaclado. En la economía de agroexportación, hay un crecimiento de dicho empleo inestable y temporal, relegado primeramente a los obreros más “flexibles” en el mercado laboral rural –las mujeres, los niños y los pueblos indios. El hecho de que casi todo el trabajo agrícola sea estacional contribuye a la inestabilidad.

Las trabajadoras situadas en el extremo del consumo en la cadena del tomate, sin embargo, son manejadas mediante una “flexibilidad negociada”, en un empleo relativamente más estable y más calificado. Pese a esto, las cajeras de los supermercados Loblaws y las trabajadoras de McDonald’s representan ambas una fuerza de trabajo precario, conforme proliferan los empleos de tiempo parcial y se introducen estructuras salariales de dos categorías. De alguna manera, las prácticas laborales de la compañía y los más flexibles inventarios, han constreñido a estas trabajadoras del menudeo y los servicios dentro de definiciones del trabajo más rígidas, más aceleradas y muy prescritas.

En este ensayo, me enfocaré exclusivamente en las trabajadoras mexicanas dentro de la cadena alimentaria del tomate,<sup>2</sup> aquellas que como Irena son par-

<sup>2</sup>Las historias de las mujeres de los tres sectores –las trabajadoras en la agroempresa, las cajeras de los supermercados canadienses y las empleadas en los restaurantes de comida rápida aparecen en mi libro, *Tangled Routes*.

te de una fuerza laboral móvil, transnacional, y aquellas que nunca soñarían en abordar un avión a Canadá, pero que se mueven dentro y fuera de los procesos de producción estacional, sujetos claves en la profundización de la economía agroexportadora en el México posterior al TLCAN.

### Un análisis interconectado del poder

El sistema alimentario crecientemente globalizado se construye sobre las enraizadas inequidades de raza y etnicidad, clase, género y estatus urbano-rural y marital, y las perpetúa. Conforme rastreamos las enmarañadas rutas que siguen las trabajadoras a lo largo del sendero del tomate, fuimos puliendo un análisis interconectado del poder. Éste tomó en cuenta cinco dimensiones clave del poder que emergieron como las más sobresalientes para entender las jerarquías dentro de esta cadena alimentaria.

Nuestro análisis de género va primero, dentro de un contexto de asimetrías norte-sur, y en el caso del sistema alimentario resalta la dinámica de que el sur (cada vez más dependiente de las exportaciones agrícolas en aras de obtener divisas) produce más y más para el consumo del norte. No quiero perpetuar un análisis simplista norte-sur. Reconozco sus limitaciones, evidentes en la dinámica que ocurre al interior de México, donde las regiones empobrecidas del sur alimentan con mano de obra migrante barata al norte industrial, más rico de ese país, lo cual desintegra las comunidades rurales por las demandas de un México día a día más urbano. Hoy, los campesinos indígenas pobres, en calidad de asalariados sirven las necesidades alimentarias de la población mestiza más rica y a los consumidores del norte. En el sistema alimentario continental, este eje norte-sur nos ha permitido comparar las semejanzas y diferencias entre las mujeres que siembran, pizcan y empacan tomates en México y aquellas que disciernen y empacan, rebanan y sirven tomates en las industrias de menudeo y comida rápida que existen en Canadá.

### *Clase*

En el sistema alimentario, hay claras diferencias entre los estatus socioeconómicos de las mujeres, incluso entre las trabajadoras con muy bajos salarios de cada uno de los sectores estudiados. Las compañías construyen su propia jerarquía de trabajadoras, algunas veces (aunque no siempre) en relación con el nivel educativo, aunque comúnmente lo define el nivel de habilidades, el rango tan disparado de salarios y las condiciones laborales. Las mayores diferencias son entre aquellas mujeres que trabajan en el norte o en el sur, por supuesto o, en México, entre las trabajadoras indígenas y mestizas.

### *Raza/etnicidad*

Con la clase interactúan también el género, la raza y la etnicidad, que cambian de significación de un lugar a otro, o de un tiempo a otro. Las diferencias étnicas son tal vez más pronunciadas en el contexto mexicano, entre las trabajadoras indígenas que las industrias agrícolas llevan en camiones a pizcar tomates bajo el tórrido sol y aquéllas, más experimentadas, como las mujeres mestizas que llevan en camiones a empacar tomates dentro de la más protegida planta empacadora.

### *Edad y estatus familiar*

Los factores interrelacionados de la edad, el estatus marital y los roles familiares generacionales son ciertamente significativos en el contexto agrícola mexicano, donde la fuerza laboral es predominantemente joven y femenina, en particular en las plantas empacadoras. La familia es un factor crítico también, ya que los miembros de la familia trabajan con frecuencia juntos en los campos de tomate y suman sus salarios para sobrevivir la crisis económica que se profundiza.

### *Rural/urbano*

En el contexto de la alimentación y la agricultura, es central la dinámica urbana/rural. Las estrategias de desarrollo tanto en México como en Canadá favorecen a los habitantes urbanos, pero siguen dependiendo de los trabajadores rurales para alimentar a las poblaciones de las atestadas ciudades. Los campesinos mexicanos están migrando a áreas rurales y urbanas de México, y la supervivencia de la mayoría de las familias depende de la migración de algún o algunos miembros de la familia a Estados Unidos o Canadá, incluso de manera temporal, como es el caso de Irena.

Es casi imposible describir por separado las dimensiones del poder expuestas. Las historias de las mujeres involucradas en la cadena del tomate revelan la compleja interacción entre estas categorías de identidad, y enriquecen nuestro entendimiento del género y de la experiencia de las mujeres –una plural, diversa y en constante cambio.

El Proyecto Tomasita fue, por definición, un proyecto feminista y ecológico. Primero, es un acto feminista hacer visibles a las trabajadoras del sistema alimentario, reconsiderando la invisibilidad que tienen en otros estudios acerca de la agricultura global y de los regímenes agrícolas, así como en la conciencia pública. Más allá de llenar los huecos que dejan las perspectivas dominadas por hombres, este estudio se benefició del rico desarrollo de diversas teorías fe-

ministas de los últimos 10 años. Abrevé de un amplio espectro de campos, que van de los estudios laborales económico-políticos a la economía ecológica feminista, del feminismo socialista al ambientalismo feminista, del desarrollo sustentable y de género al ecofeminismo social.<sup>3</sup> Mi propia postura fue también moldeada por 30 años de investigación y activismo en Estados Unidos, Canadá, Perú, Nicaragua y México.

Para el contexto mexicano de los ochenta, hay que revisar los trabajos de Lucila Rooner (1981) y Gilda Salazar (1986). Me he apoyado fuertemente en el trabajo de Sara Lara, llevado a cabo en los noventa, acerca de la historia del trabajo en el tomate en relación con el género, y en su trabajo en torno a la flexibilización de la fuerza laboral en las empresas agrícolas crecientemente industrializadas (1998b). Las colaboradoras clave del Proyecto Tomasita incluyen a María Antonieta Barrón, de la UNAM, pionera en la dinámica de género en el sector rural y en las tendencias laborales migratorias mexicanas (Barrón, 1993), y en el trabajo de Kirsten Appendini, de El Colegio de México, que aborda la agricultura mexicana, sus políticas alimentarias y los cambiantes roles de las mujeres en las agroempresas (2001).

Quiero también asumir la complejidad del trabajo y la vida hogareña de las trabajadoras en la cadena alimentaria del tomate considerando las construcciones sociales particulares de su relación con la naturaleza y, en términos de Haraway, sus conocimientos situados (1991). Estas son inevitablemente contradictorias dado que las mujeres trabajadoras bosquejadas aquí están inmersas en contextos diversos donde están en juego las nociones contrapuestas de desarrollo y globalización. Mi análisis intenta tejer, como si fueran raíces y caminos entreverados, una ecología de mujeres y tomates que respete los contextos locales, y que reconozca procesos sociales e históricos más amplios que interactúan con ellas.

### Las trabajadoras mexicanas en México

Para ilustrar este análisis interconectado, presentaré primero a seis mujeres que laboran en Empaque Santa Rosa, la empresa agrícola mexicana situada en el extremo de la producción en la cadena del tomate. Las diferencias entre las trabajadoras indígenas y mestizas, entre pizcadoras y empacadoras, contradice cualquier noción que se tenga en el norte acerca de una única o monolítica trabajadora mexicana.

<sup>3</sup>Además de aquellas a las que me refiero explícitamente en este ensayo, he extraído ideas de teóricas feministas como Dorothy Smith (1987), Isabella Bakker (1996), Swasti Mitter (1986), Kathy Kopinack (1997), Ellie Perkins (1997), Patricia Hill Collins (2000), Donna Haraway (1991), Carolyn Sachs (1996), Rosi Braidotti *et al.* (1994), Vandana Shiva (1994), Bina Agarwal (1991), Cate Sandilands (1999), Eglá Martínez-Salazar (1999), y Jaqui Alexander y Chandra Mohanty (1997).

*Pizca y empaque en el norte: trabajadoras agrícolas mexicanas*

Las categorías de un empleo y la división de tareas en la producción tomatera han evolucionado por décadas (de hecho por siglos) y hoy reflejan y refuerzan el clasismo, el sexismo, el racismo y los sesgos por las diferencias de edad, todos ellos institucionalizados. Según Sara Lara, la reestructuración y la tecnificación de la producción del tomate durante los noventa –promovida por las políticas neoliberales de comercio– no han alterado la división sexual del trabajo pero, de hecho, explotan todavía más esta situación. Al emplear a mayores números de mujeres, las compañías contratan una mano de obra calificada pero devaluada cuya flexibilidad no es sólo cualitativa sino cuantitativa.

*Una maquila en movimiento: las muchachas de la “compañía”*

Una planta empacadora es uno de esos sitios donde reinan con toda claridad las incrustadas ideologías de género. Las mujeres son consideradas, al mismo tiempo, más responsables y delicadas en su manejo de los tomates, y dado que la apariencia del producto es tan crítica para los exportadores, hay por lo menos algún reconocimiento a este trabajo, en términos de habilidad, aun si se le considera algo innato y no parte de la socialización femenina, como bien argumenta Lara (1998a: 29-36).

Las mujeres que escogen y empaacan el tomate en Santa Rosa provienen de dos fuentes: las muchachas locales y aquellas mujeres, casi todas jóvenes, que son contratadas permanentemente por la compañía y a las que cambian de lugar de temporada en temporada. Estas últimas son las más privilegiadas. Es claro que son las “muchachas de la compañía”, una especie de “maquiladora en movimiento”. Proporcionan la mano de obra flexible y calificada que Santa Rosa requiere en la importante etapa de escoger y empaacar el tomate para su exportación.

*Juana, empacadora*

Tengo 37 años y he seguido la cosecha durante 23 años ya. De aquí vamos a la planta de Santa Rosa en Sinaloa y de ahí vamos a San Quintín, Baja California, y luego regresamos a Sinaloa —la rotación la hacemos cada año. Nos traen de Sinaloa con todos los gastos pagados. La compañía cubre el transporte, la comida, y una vez que estamos aquí, nos dan una casa con estufa, cama y colchones. Nuestra casa queda cerca de la planta, que compartimos con otras 16 compañeras. Acabamos siendo una familia.

*Yolanda, seleccionadora*

Tengo 21 años, y llevo trabajando para Santa Rosa seis. Mi padre era uno de los gerentes de la empacadora en Sinaloa, y empecé a trabajar durante las vacaciones de la escuela. Me gustaba más empacar que ir a la escuela. El ambiente es diferente, es más divertido y hace uno dinero. Llegué de Sinaloa y comparto un departamento con mi mamá, mi hermana y mi cuñado, que trabaja en las oficinas de Santa Rosa y le dan gastos especiales. Yo gano casi mil pesos a la semana. Estoy ahorrando dinero para una casa que quiero construir en Sinaloa.

Muchas mujeres jóvenes de su edad ven este empleo como algo temporal, una buena manera de hacer algo de dinero, viajar y tal vez hallar marido, de tal suerte que de ahí pasen a lo “real”, asentarse y tener su propia familia. Se mueven de temporada en temporada, como golondrinas, y regresan cada año a su hogar.

No se buscan seleccionadoras y empacadoras que provengan de comunidades indígenas, sino de las comunidades mestizas de los pueblos donde se localizan las plantas de producción. Éstas representan una fuerza laboral femenina privilegiada en términos de clase y raza. Son también las mujeres que tienen mayor contacto con la gerencia de la compañía. De hecho, las más privilegiadas parecen ser las mujeres que tienen vínculos cercanos con los hombres que cuentan con empleos administrativos en Santa Rosa, como el cuñado de Yolanda.

No obstante, existe una jerarquía de trato y habilidades entre los empleos de seleccionamiento y empaque, siendo las empacadoras las más privilegiadas en muchos sentidos. “Las seleccionadoras tienen que checar su entrada, las empacadoras no. Las seleccionadoras están de pie todo el tiempo. Las empacadoras se sientan en cajas de madera. Las seleccionadoras comienzan a las 9 de la mañana, las empacadoras a las 10.” Tal vez la diferencia más grande y crucial está en el nivel de salario y la forma de pago. A las seleccionadoras se les paga por hora, mientras que a las empacadoras se les paga por caja, 33 centavos la caja. Si una empacadora hace de 200 a 500 cajas al día eso suma entre 66 y 150 pesos mexicanos. Una seleccionadora recibe 5 pesos la hora, lo que puede promediar entre 35 y 60 pesos al día. Ambos empleos reciben mucho más que la jornalera en el campo, que recibe un sueldo de 28 pesos diarios por un trabajo agotador bajo el rayo del sol.

Sin embargo, los trabajadores hombres son aún más privilegiados en la planta de empaque. Los sábados, cuando los obreros van a las oficinas a que les paguen su semana, las filas mismas revelan las divisiones finales. En palabras de una de las empacadoras: “Cuando vamos por nuestra paga, hay tres filas: una para las seleccionadoras, una para las empacadoras y una para los hombres.”

Como ya se dijo, las seleccionadoras ganan menos que las empacadoras, tienen que checar antes que las empacadoras y deben mantenerse de pie mientras laboran. El trabajo de los hombres es bastante diferente, pues requiere fuerza más física; esta definición de la “habilidad”, sin embargo, tiene marcados sesgos de género lo que nos obliga a cuestionar los salarios preferentes.

### **Fábricas en los campos: producción en invernaderos de alta tecnología**

Parece ser que el futuro de la producción tomatera en México está en los invernaderos, que permiten producir todo el año y tener bajo control casi total los factores clave como el clima, la tecnología y la mano de obra. La producción en invernaderos puede considerarse como el epítome del modelo de maquila que, desde el TLCAN, se expande de la frontera norte mexicana a empresas localizadas en todo el país. En un invernadero afiliado a Empaque Santa Rosa, los únicos insumos mexicanos son la tierra, el sol (la compañía ahorra electricidad y calefacción) y los trabajadores. Y como en casi todas las maquilas, 100 por ciento de lo que produce es para exportación (10 por ciento se va a Canadá y casi todo el resto a Estados Unidos).

En años recientes, han entrado a la fuerza laboral más mujeres jóvenes, y con el tiempo se hace más aceptable socialmente que las jóvenes trabajen en el expansivo sector agroindustrial, lo que las puede llevar lejos de casa. Casi toda la gente joven busca estos empleos porque representan mejores alternativas que sus trabajos anteriores y porque es muy necesario que su ingreso coopere con las entradas familiares. En el caso de Empaque Santa Rosa, los trabajadores del invernadero vienen de los poblados aledaños y tienen que viajar grandes distancias, o de sitio en sitio, como las empacadoras y seleccionadoras ya descritas.

El trabajo en los invernaderos ofrece una nueva forma de empleo que combina el cultivo con el empaçado, y en términos de salarios y estatus, se halla entre un jornalero en los campos y las empacadoras de las plantas grandes. Para las mujeres hay básicamente dos tipos diferentes de roles: trabajar en los invernaderos cultivando y pizcando tomate, o trabajar en el empaque como parte de un proceso más sofisticado que combina la selección y el empaçado. Los siguientes dos perfiles presentan a una mujer de cada área. Soledad trabaja en el invernadero e Yvonne en el galerón de empaque.

#### *Soledad, cultivadora de invernadero*

Soledad es una quinceañera muy festiva y social, por lo que su nombre es una paradoja, pero lo irónico es que cuando tenía tres años sus padres se mudaron

a Los Ángeles y no los ha visto desde entonces. Tuvieron cinco hijos más allá y mandan dinero, como 500 dólares cada dos semanas, para mantener a Soledad, a su hermana y su hermano, y a sus abuelos, con los que vive. No es ésta una familia fuera de lo común, ya que los parientes comparten la crianza de los niños a ambos lados de la notoria frontera, y quienes permanecen en México se hallan atados emocional y financieramente a sus familias en el norte.

Soledad trabaja desde los 13 años en el invernadero. Gana 180 pesos (unos 26 dólares estadounidenses) diarios por seis días a la semana, 4 pesos (menos de un dólar) la hora: un poco más que los jornaleros en los campos.

### *Yvonne, empacadora en un invernadero*

Yvonne tiene 20 años y asume la otra importante tarea asignada a las mujeres jóvenes, el trabajo en el enorme galerón de empaque. En los tres años que lleva trabajando en el invernadero, ha atestiguado la transformación del proceso de empaque. La presión que significa el proceso computarizado en las líneas es palpable entre las trabajadoras. La estrategia del administrador, un francés, tiene efectos sobre personas como Yvonne que han sucumbido a la dinámica competitiva: “Al principio me deprimí porque me decían: estás por debajo de la cuota. Me sentía mal porque esto quiere decir que no vale uno nada. Así que estaba muy tensa, preocupada, me apuraba lo más posible para dar mejor impresión.”

Los esfuerzos de Yvonne por ir al paso de la nueva tecnología y probarse a sí misma que era una obrera productiva revelan también la internalización de los nuevos valores cifrados en el trabajo. Los “buenos trabajadores” son moldeados en México mediante una combinación de tecnología de control y una administración extranjera. Y de nuevo, reina el sexismo, pues a los hombres se les paga más: “Si nosotras ganamos 100, los hombres ganan 175, explica Yvonne.”<sup>4</sup>

### **En los campos**

Las mujeres que están más en contacto con la tierra, las plantas y los tomates, son las peor pagadas y las menos calificadas en toda la jerarquía esbozada aquí. Están más expuestas al rayo del sol y a la lluvia, y por supuesto a los plaguicidas que rocían incesantemente en los campos. Dos relatos revelan quiénes son las jornaleras en los campos del tomate: campesinas locales y migrantes indígenas venidas del sur.

<sup>4</sup>Las actividades laborales masculinas implican más fuerza física: cargar cajas y empacarlas en bandas transportadoras, pero el punto es que falta cuestionar cuáles son las habilidades que se valoran y el nivel diferencial de salarios en una empacadora.

*Tomasa, jornalera local*

Siendo una mujer mayor, tiene 68 años, tal vez Tomasa no es la jornalera agrícola típica. Pero su historia refleja muchas de las características importantes de la mano de obra migrante en México. Su historia personal, haber crecido como campesina mestiza en el Jalisco rural, revela el sexismo arraigado profundamente –que produce y reproduce la división del trabajo sesgada por géneros en el sector agrícola. Como muchas familias campesinas, ella y su esposo combinan la agricultura de subsistencia con el trabajo asalariado en las agroempresas. Su historia revela también que la economía familiar es la principal estrategia de supervivencia de los mexicanos pobres.

Nosotros nos criamos solos, es decir, mi papá murió cuando yo tenía dos años, así que mi mamá se quedó sola y tuvo que mantenernos, tuvo que ponerse a trabajar para darnos de comer. Cuando niña, jugaba alrededor de la casa, pero a los ocho o nueve, mi madre me puso a trabajar –barriendo, trayendo agua de un arroyo que quedaba lejos. Ya más grande, le ayudaba a moler el nixtamal para hacer las tortillas. Ahora mis hijos me ayudan a mí con el quehacer de la casa. Dos de ellos se fueron a trabajar a Estados Unidos y mandan dinero. Mis otros hijos trabajan en el negocio de la madera, cortan pinos por aquí cerca. Las mujeres no trabajan en los campos, se quedan en la casa con su familia. Soy la única que anda pa' rriba y pa' bajo como chile frito, pizcando tomates. Mi hija la más chica se queda en la casa y tiene la comida lista para cuando regresamos de los campos.

Es claro que el trabajo doméstico no pagado que mantiene a las familias campesinas mexicanas no es tomado en cuenta en ningún cálculo oficial. De hecho, Tomasa trabaja triple jornada: como jornalera en la agroempresa, como campesina de subsistencia en la milpa familiar y como la principal cuidandera de su familia.

En cualquier caso, siguen dependiendo de la agroempresa capitalista, sea mexicana o propiedad de extranjeros: ambos sacan ventaja de su mano de obra barata. Y las compañías se benefician no sólo de los bajos sueldos sino de la economía familiar que incorpora las remesas de la familia, los cultivos de subsistencia y los quehaceres domésticos de Tomasa. Y aunque parezca una carga triple para Tomasa, ninguna de estas opciones queda abierta para la mayoría de mujeres migrantes indígenas, sin duda las más explotadas en la jerarquía de trabajadoras.

Si la discriminación de género está incrustada en las tareas que se le ofrecen a las trabajadoras y en sus dobles o triples jornadas, el racismo es manifies-

to contra las trabajadoras migrantes indígenas, acarreadas por los enganchadores en camiones repletos, sin la certeza de que obtengan trabajo, y con la perspectiva de llevar una vida peor que los campesinos locales, sufriendo condiciones de trabajo deplorables. Se les aloja en barracas miserables, sin agua, electricidad, tiendas o transporte y llegan con sus familias a trabajar en los campos moviéndose de temporada en temporada. Las mujeres cargan con esta ausencia total de infraestructura –al cocinar, lavar o cuidar a los niños (incluso mientras laboran en los campos), y al lidiar con su propio cansancio extremo y con una salud deficiente engendrada por estas condiciones de extrema pobreza. Dado que tienen menos oportunidades en sus propias regiones, se ven forzadas a sufrir estos empleos y el trato racista que los envuelve (Lara, 1998: 210-215).

*Reyna, jornalera migrante indígena*

Somos de Guerrero. Los enganchadores vinieron a nuestro pueblo a buscar gente que trabajara acá. Después de terminado el contrato nos llevan allá en camiones. Algunas mujeres cargan a sus niños en la espalda mientras trabajan, porque no tienen quién se los cuide. Ganamos 28 pesos al día. Nunca tenemos para ahorrar. Algunas veces los niños necesitan zapatos, pero no alcanza. Nos dan ropa, porque 28 pesos no es nada. No hay sindicato ni vacaciones.

Aunque a los niños que trabajan (muchas veces de seis o siete años) se les paga el mismo salario diario, es frecuente que los padres, especialmente las madres, se apresuren a cubrir la cuota propia para después ayudarlos a cumplir la suya. Esta dinámica hace del trabajo en los campos algo mucho más intenso, y más parecido al trabajo a destajo (Barrón, comunicación personal, 2000). Las madres deben cargar a sus bebés en la espalda mientras trabajan el campo. Al amamantar a su hijo Reyna le pasó los plaguicidas de las plantas que tenía cogidas con las manos, lo que los hizo llegar a la boca del niño y casi envenenarlo. Las mujeres y los niños indígenas están, con toda claridad, en la posición más precaria de todos los que trabajan el tomate en las corporaciones.

En las seis historias mostradas, asoman con mayor claridad las múltiples estrategias de supervivencia. Las mujeres son las protagonistas clave de sus familias por asumir una triple función: son las trabajadoras asalariadas (de variados niveles y estatus laboral), son campesinas de subsistencia (cuando tienen acceso a tierras) y son las trabajadoras domésticas (en un rango amplio de condiciones de vida, de los horribles campos de labor de indígenas migrantes a los hogares más equipados, pero transitorios de las empacadoras móviles). No obstante, no puede entenderse la historia de una mujer, así, aislándola de su his-

toría familiar, ni separándola de su etnicidad, edad, estatus marital y experiencia. Las agroempresas como Santa Rosa han construido su fuerza laboral sobre estas diferencias e inequidades incrustadas históricamente.

### Las trabajadoras mexicanas en Canadá

Desde poco después de comenzado el Proyecto Tomasita, fue claro que ni el viaje del tomate corporativo ni el movimiento de las trabajadoras en la ruta del tomate seguían una línea recta o un eje simple norte-sur. Cuando la investigadora María Antonieta Barrón vino a Canadá a mediados de los noventa para una junta del equipo del proyecto, le di a conocer el programa FARMS, que desde 1966 traía trabajadoras jamaicanas al norte, y a mujeres mexicanas desde 1974, como trabajadoras estacionales marginales en las granjas canadienses. A partir de décadas de investigación en torno a la migración de las trabajadoras estacionales en México, Barrón hizo una encuesta en 1977, con una muestra manejable de 5,154 trabajadoras mexicanas en Ontario, dentro del programa FARMS, 57 de los cuales eran mujeres (Barrón, 1999: 113-126).

En el contexto de las asimetrías de los tres países firmantes del TLCAN (en el cual el ingreso per cápita en dólares estadounidenses en 1995 variaba de 2,500 dólares en México a 26,000 en Estados Unidos y 20,000 en Canadá) no es sorprendente que estas trabajadoras migrantes puedan ganar cinco o seis veces al día en Canadá lo que ganan en México. Barrón encontró que una mujer mexicana que trabaje en Ontario con paga por hora, ganaba 82 dólares canadienses por un día de trabajo de 11 horas, mientras que su contraparte mexicana ganaba 17.64 dólares por un día de 13 o 14 horas, con mucho más desgaste por la presión de llenar las canastas con determinadas piezas de trabajo diarias.

Me hice amiga de uno de estos grupos de mujeres y las visité por un periodo de cinco años. La historia de Irena, la mujer que abre este capítulo, puede representar esta importante fuerza laboral móvil que crece a partir del TLCAN pero que sigue siendo bastante invisible. Aunque casi toda la gente está consciente de que nuestros tomates invernales son cultivados, pizcados y empacados por mexicanas, poca gente se da cuenta de que nuestros tomates de verano también nos los brindan manos mexicanas.

Irena vino a Canadá por primera vez en 1989, entre un grupo de trabajadores migrantes que, en palabras de Irena son “rentados por el gobierno mexicano al gobierno de Ontario”.<sup>5</sup> La mayoría de las mujeres que vienen son viudas como Irena. Ella explica:

<sup>5</sup>La historia de Irena está más detallada en el capítulo 5 de mi libro *Tangled Routes*, pp. 159-164. Las citas que incluyo en esta sección provienen de entrevistas con Irena que realicé en 1997 en Ontario y México, y en 2001 en Toronto.

Únicamente aceptan madres solteras, viudas, divorciadas, pero no quieren solteras ni casadas. Tienen miedo de que una soltera se quede en Canadá o de que las casadas abandonen a sus maridos.

La única razón por la que mujeres como Irena consideran la posibilidad de abandonar su casa durante cuatro meses es porque tienen una familia extendida que las apoya. Irena vive con su padre y su madre, ancianos, que se encargan del cuidado de los niños y de los quehaceres domésticos. De nuevo, la unidad familiar es crítica para la flexibilidad de estas trabajadoras que hacen un viaje muy largo, para mantener a los hijos que abandonan, lo que resulta muy irónico. Con la crisis económica de los noventa, la mayoría de las familias mexicanas no podría sobrevivir sin combinar los ingresos de varios de los miembros de la familia; Irena tiene dos hijos adultos que son también trabajadores estacionales en Estados Unidos y Canadá.

A diferencia de las mujeres que laboran en Empaques Santa Rosa o en otras agroempresas grandes, las trabajadoras migrantes mexicanas del programa FARMS trabajan para granjas familiares pequeñas o medianas. Sus empleadores luchan con frecuencia por sobrevivir en el contexto de granjas pequeñas amenazadas por la extinción y sin recibir casi ningún apoyo. Pero las trabajadoras mexicanas como Irena son totalmente dependientes del granjero canadiense que solicita su mano de obra. Los trabajadores migrantes no se atreven a contrariar a sus patrones granjeros pues éstos pueden no solicitar su retorno al verano siguiente. Una vez en Canadá, los trabajadores de las granjas dependen totalmente de los patrones para su transportación y requieren de su permiso para salir de las instalaciones, así que casi viven como peones acasillados. Se les otorga alojamiento en la propiedad de los empleadores, y dependen de ellos para que les traduzcan, llenen sus formularios y los comuniquen a su casa (Wall, 1992: 261-275). Tal relación paternalista incorpora frecuentemente actitudes clasistas, racistas y sexistas.

Por lo general, los trabajadores migrantes mexicanos del programa FARMS lidian con estas problemáticas relaciones laborales, con muchas horas de arduo trabajo, con el aislamiento social y con condiciones de vivienda por debajo de los estándares porque saben que es temporal y lucrativo (Basok, 1997: 5). Aunque reciben seguro médico, una pensión canadiense y cuentan con cobertura de la ley de salud y seguridad en el empleo (Occupational Health and Safety Act), no están autorizados para sindicalizarse. Ha habido esfuerzos por parte de la oficina canadiense de United Farmerworkers of America por responder a las necesidades de estos trabajadores, pero sigue siendo una población muy difícil de organizar, sobre todo por su naturaleza estacional, temporal, por las barreras de lenguaje y por las presiones de los empleadores. Sin

embargo, a fines de 2001, la Suprema Corte de Canadá determinó: “los jornaleros agrícolas tienen el derecho constitucional a sindicalizarse sin temor a represalias” (Makin, 2001).

Después de 11 años de trabajo estacional en Canadá, Irena sigue ganando el sueldo mínimo, pero también sigue siendo ésta una manera de juntar un dinero, se “libera” de las responsabilidades familiares por unos meses, tiene pocos gastos y puede trabajar muchas horas. Aunque el contrato estipula comúnmente seis días de trabajo de ocho horas a la semana, Irena y sus compañeros no sólo acceden a trabajar horas extra, sino que lo buscan. Dado que la razón principal para estar en Canadá es hacer dinero, ella busca cubrir todas las horas de vigilia para lograrlo. Y con todo, considera que las condiciones de trabajo en Canadá son mejores que en México.

El trabajo en los campos es más duro en México. Todo se hace a mano. Allá, por ejemplo, tenemos que cargar dos cajas en la cabeza, llena de tomates. En Canadá, podemos dejar los tomates pizcados a la orilla de la parcela y un camión pasa a recogerlos. En México, si está lloviendo, no tenemos nada para cubrirnos. Pero en Canadá, nos dan todo –un impermeable, un azadón, no tenemos que comprar nada. En México no hay protección contra los vapores cuando rocían plaguicidas en los campos. En Canadá, si una trabaja para un buen patrón, hay esa protección. En mi caso, el mismo patrón hace el rociado, y no nos pide que lo hagamos nosotros.

Me preguntaba qué diferencia hace un empleo así sobre su vida en México, así que en 1997 la visité durante los ocho meses que pasa en su pueblo, en el Morelos rural. En la sala de su casa había algunos beneficios inmediatos de sus ganancias en Canadá, enseres nuevos que había llevado a su hogar: una televisión, un estéreo, una máquina de coser, un ventilador. Sus ganancias se van principalmente a proporcionarle vivienda y seguridad a sus hijos. En México, Irena tiene que tener dos trabajos para mantener a su familia y lo irónico es que casi toda la semana debe abandonarlos de nuevo. “Durante la semana trabajo en Cuernavaca (a una hora de distancia) como empleada doméstica (vivo en la casa de mis patronas) y cuido a dos inválidos. Luego los sábados y domingos hago y vendo tacos en mi pueblo.”

Me sorprendió el hecho de que la supervivencia de Irena dependa de juntar empleos en diferentes segmentos del sistema alimentario, sea como jornalera en Canadá, como cocinera de una familia de clase media en Cuernavaca, o vendiendo tamales y tacos en las calles de su pueblo. Ella representa la centralidad de las mujeres en el cultivo, la pizca, el empaçado, la

preparación y la venta de alimentos. Y lo irónico es como trabajadora marginal, todos sus trabajos relacionados con la comida la alejan de su tierra y su familia.

### Los frutos de la injusticia y las semillas de la esperanza

Uno de los activistas ambientales que abogan por los derechos humanos de los trabajadores migrantes indígenas en los campos mexicanos llama a los tomates que pizcan los “frutos de la injusticia”. A través del Proyecto Tomasita, comenzamos a darnos cuenta que no sólo es que los tomates se hayan convertido en bienes de consumo en el sistema alimentario industrializado neoliberal, sino que casi todos los trabajadores marginados son también bienes de consumo en este nuevo juego comercial. De hecho, los tomates –una fruta delicada y altamente perecedera y un producto muy beneficiado por los reacomodos provocados por el TLCAN en México– tienen mejor trato que los trabajadores.

Predominan las mujeres en los trabajos con menor salario dentro de la producción tomatera, principalmente en el cultivo, la poda, la selección y el empacado. Los gerentes alegan que las mujeres tienen más habilidades en estas intrincadas tareas (el famoso mantra de los “dedos ágiles”) y que son más eficientes, productivas y responsables que los hombres. El vicepresidente de producción de Empaque Santa Rosa refuerza esta ideología de género: “En la selección, el cuidado y el manejo, las mujeres son más delicadas. Lidian mejor que los hombres en todos los aspectos: la rutina, la monotonía. Los hombres son más inquietos y no lidian bien con ello.”<sup>6</sup> Pero estas “explicaciones” no reconocen la construcción social de estas tareas teñidas por la idea del género. Le niegan también a las mujeres su propio libre albedrío, o cualquier reconocimiento de que “lidian” las condiciones de explotación debido a la necesidad, el sacrificio y su compromiso con alimentar a sus familias.

Como queda claro en las historias mostradas, estos roles de género están también mediados por diferencias de clase y etnicidad, edad y estatus familiar, por las tareas en el proceso de producción y por asimetrías norte-sur. Las dimensiones interconectadas del poder son incluso más complejas de lo que haya podido revelar aquí, y cambian constantemente. Las mujeres, cuyas complejas identidades apenas hemos atisbado en este corto ensayo, tienen también múltiples maneras de responder y resistir ante las condiciones de su trabajo en la cadena del tomate. Individualmente, ellas crean múltiples estrategias de re-

<sup>6</sup>Entrevista con el vicepresidente de producción de Empaque Santa Rosa, Guadalajara, Jalisco, 6 de diciembre de 1996.

sistencia en lo cotidiano. Y existen grupos en los contextos mexicano y canadiense que abogan por sus derechos humanos y mejores condiciones laborales: van de sindicatos en Ontario a organizaciones ambientales y de salud a nivel de base en el México rural, de redes canadienses que actúan en solidaridad con las trabajadoras de la maquila a redes transnacionales que luchan contra el uso de los plaguicidas.<sup>7</sup> Estas historias merecen otro capítulo –en sus luchas yacen las semillas de la esperanza.

<sup>7</sup>El capítulo 8 de mi libro *Tangled Routes*, “Cracks in the Corporate Tomato: Signs of Hope”, muestra historias de resistencia tanto en México como en Canadá, y ocurren en cuatro niveles: respuestas individuales, educación local-global, acciones colectivas organizadas e iniciativas de coalición transnacionales.

